

EL LIBERTARIO

PERIÓDICO QUINCENAL

AÑO I-NÚM. 6

MONTEVIDEO, Abril 20 de 1905.

DIRECCION:
AVENIDA G. RONDEAU, 295
MONTEVIDEO

SUSCRICION VOLUNTARIA

A los pusilánimes A LOS INCONSCIENTES A LOS INDOLENTES A LOS PERSEGUIDOS A LOS EGOISTAS

A todos los que lo presente vieren y entendieren

Oid:

Un hombre, representante genuino de una clase ni más valerosa, ni más inteligente, ni más egoísta, ni más buena ni más mala que las demás clases sociales, ha resuelto por sí y ante sí, cual si fuese un Dios verdadero, mundo de todo saber, de todo poder, de toda voluntad, aniquilar el pensamiento, lo único poderoso, inmaterial, inconcusable, inmortal que hay en la tierra.

Para llegar a ese ponderable fin cuenta con la indolencia de unos, la indiferencia de otros, la inconsciencia de muchos, la pusilanimidad de los más, el egoísmo de algunos, el miedo de la casi totalidad de los que piensan.

Sus medios son: la llave de la cocina, el látigo del perro, el puntapié del canchero, la mordaza del saltos?

Recapitemos.

Hombres de pensamiento: ¿dejáis de pensar, podéis dejar de pensar porque la dieta atenace vuestro estómago, el látigo restale en vuestras carnes, la mordaza sofoca vuestros gritos?

¿Acaso porque un Galileo jurase que la tierra no se movía dejaba ésta de moverse y su cerebro de pensar que se movía?

E par si muore.

A pesar de todos los pesares, a despecho de todas las imposiciones, en contra de todos los dioses y de todas las torturas, él, se le piensa.

No basta sin embargo pensar. Es un triunfo, es la demostración de la impotencia de todas las persecuciones, pero no es la victoria porque el que piensa y no obra sufre el dolor intenso, multiplicado hasta la más alta potencia de tener una fuerza incalculable almacenada en esa pila eléctrica tan poderosa que se llama cerebro, pugnando por abrirse paso a través de la cránea concavidad cuyas huesosas paredes son incapaces de resistir la presión formidable del fluido intangible del pensamiento.

Y al contenerlo allí por un acto deliberado del mismo pensamiento, acumúlase dos fuerzas de igual origen, de igual poder, que chocan, que pugnan entre sí y que pueden originar hasta la lepra y el suicidio porque ni el pensamiento puede dejar de pensar ni el pensar que el pensamiento no debe expandirse fuera de su centro productor puede impedir la tendencia a forzar la consigna venida de afuera, de materiales y extrañas causas, menos poderosas que las que entrañan la misma causa del pensar.

No es esa guerra interna la vida; no es la lucha consigo mismo lo que hace placentera la existencia; no son esos combates que se traban en las células pensantes los que producen las grandes sensaciones del vivir.

Son engendro de muerte, de aniquilamiento, de la inconsciencia del aliado o el idiota.

Hay que luchar contra el enemigo, contra el adversario, para que haya vencidos y vencedores; para sentir el placer del triunfador o el deseo de venganza, de revancha, tan consolador como el de la misma victoria.

La lucha interna, estéril, lucha de castramiento, no da ni la gloria de vencer ni la esperanza de desquite. Es la lucha sin vencedores, ni vencidos, la lucha sin enemigos, la pobre estulticia del debilitamiento propio.

Y luego ¿se vive el ahogar el pensamiento, el sofocar la propia individualidad?

¿Acaso por ventura la diaria pitanza es tan suculenta que valga la pena no resistir la dieta simulando el pensamiento?

¿Cómo vivir, pusilánimes?

¿Qué vida es la vuestra, inconscientes?

¿Cuál la de vosotros, indolentes, perseguidos, egoístas, esclavos, proletarios?

¡Comparad!

La prisión, el destierro, la misma muerte, son peores acaso que el encerramiento habitual en fábricas y tugurios, el rodar buscando un trabajo, un pan que no siempre se halla a tiempo de evitar la consunción vuestra y de vuestra prole, la muerte temprana originada por la fatiga intensa, el envenenamiento industrial, o conventillero, los accidentes fortuitos del trabajo o de la calle?

¡Comparad!

De un lado la inanición con pan o sin él, con miseria o con mediocridades, con prisiones disimuladas, con fallecimientos imprevistos.

Del otro la lucha ardiente y roja como un gran sol que encarna y crea la vida; la libertad absoluta para vuestro pensamiento, la posibilidad de un triunfo que acabe con el execrable régimen de explotaciones, cobardías, ensañamientos y miserias.

¡Escojed!

Si el egoísmo anida en vuestra mente, por egoísmo debéis luchar solos o unidos según vuestra confianza en las propias fuerzas, pues jamás daréis satisfacción a vuestros egoístas anhelos, mientras el sistema social siga en pie.

Sed egoístas, pero egoístas grandiosos, no mequinos egoístas que se conforman con un mendrugo.

Y si el materialismo grosero no ha corripido aún vuestro cerebro, si sobre los pequeños placeres de la vida corporal, alientan aún los sobrehumanos del espíritu, los del altísimo, los de la libertad, los de la vida excedente de la inteligencia sin nubes que oscurezcan el bello horizonte limitado de la pasión, el arte y la ciencia, luchad también, que vale más el silencio de las tumbas que la opresión sofocadora de las energías del intelecto.

¡Luchad, luchad todos, que la lucha es ley de vida y el que no lucha muere.

Y además: ¿con qué cuenta el más genuino representante de los burgueses para vencerlos?

¿Con qué?

Sus secueces no tienen el fuego sagrado de una idea que domine los terrores de la muerte.

El espasmo de la lucha les es desconocido porque no caben los placeres olímpicos en el grosero abdomen y el microcéfalo cráneo.

Sus poderosos tentáculos están formados por los inconscientes hermanos nuestros, que además de carecer de iniciativa propia, no pueden resistir el impulso vencedor, la avasalladora pujanza de la química. Su fuerza reside en la disciplina alimentada por la confianza que tienen en sus hombres dirigentes. Últimos a ésta y el terror, el desamparo, la falta de cabeza les hará desparramarse para por fin refluir hacia nosotros, incorporándose a nuestras filas, a los defensores de intereses que son consumos a ellos y a nosotros.

Vedlos: son brazos sin cabeza.

Y en tanto, cada uno de nosotros es cabeza y brazos.

Pusilánimes, inconscientes, indolentes, perseguidos, esclavos y proletarios: ¡LUCHAD!

De Sin Estado de Sitio.

Lo que hay que destruir en todas sus manifestaciones es la violencia, no solo aquella violencia ejercida con miras políticas o de conquista, o para imponer una idea a las inconciencias libres que la rechazan, sino también aquella otra que se ejerce en la lucha por el pan cotidiano, aquella violencia por la cual unos poseen mucho y los otros carecen hasta de lo necesario.

Gastón MOCH.

¡Caerán!...

Y marchaba jadeante, sudoroso, deteniéndose a cada trecho, posando su descarnado cuerpo, imprecando al azar, con su rostro demacrado por el insomnio, maldiciendo su advenimiento a un mundo donde su prédica no era comprendida, donde sus ideas eran cual semillas arrojadas en tierra estéril.

Y así, siempre errante, de aldea en aldea, de pueblo en pueblo, arrojado cual animal pestilento, marchaba el transformador de ideas, predicando el bien, recibiendo el mal.

Crucificadle!... al río!... muera el blasfemo!... aullaba la multitud, hostigada por los poderosos de la tierra y cada esclavo arrojaba su guijarro sobre el ensangrentado cuerpo del transformador de ideas, que siempre marchaba errante, de comarca en comarca, predicando el bien, recibiendo el mal.

«Vuestros alcázares y vuestros tronos caerán. Azuzad vuestros perros; haced que vuestra jauría se lance sobre mí. Yo importa. Vuestros alcázares y vuestros tronos caerán.» Calló el viejo y lanzando una mirada iracunda, con sus ojos sanguinolentos donde reflejaba todo su odio, todo su amor, siguió andando, errante, apedreado por la multitud ebria de ignorancia y sin embargo marchaba predicando el bien, recibiendo el mal.

Mirad mi cuerpo, está lleno de cicatrices, está lleno de llagas. Mirad mi rostro está demacrado por el insomnio. Mis ojos no tienen vida, pues eran fulgidos como el sol. Veis todo esto, es vuestra obra y sin embargo no os odio. Os amo mucho. Os amo tanto!... Cada insulto vuestro es un aplauso, cada guijarro una caricia. Insultadme, apedreadme, pero oídmelo. Veis esos palancos, vosotros los construisteis; veis esas telas, vosotros las fabricasteis y sin embargo dormís en pocilgas y os cubrís con andrajos. Vuestros amos nada han hecho y habitan palacios y visten púrpuras. Oh, pueblo! Meditad, estudiad y después... arrojadme guijarros, insultadme pero medita y estudia.» Calló el viejo y alguien de la multitud gritó «bien» y los brazos dispuestos a arrojar guijarros permanecieron inmóviles y el insulto pendiente de los labios, y por primera vez el que predicaba el bien, encontró miradas de ansias, almas deseosas de comprenderlo.

«Allí a vuestro frente están los enemigos. Los que robaron el fruto de vuestro trabajo, los que explotaron vuestra ignorancia, son los enemigos del pueblo. Allí en aquellos alcázares, en aquellos tronos residen vuestros enemigos. Esos son los tiranos. Odiadlos. Basta ya de tiranía.» Y una salva de aplausos que interrumpió su discurso, hendió los aires y una oleada de cólera agitó aquella masa que cansada de expoliaciones y ansiosa de libertad, veía en aquel viejo apedreado el insultado la encarnación de una idea, el reflejo de un ideal de amor tan sublime, capaz de unir a la humanidad entera en un aploxo fraternal.

Y así, incansable, siempre predicando el bien y practicando el amor, marchaba el transformador de ideas, despertador de conciencias, con su cuerpo escuálido, la mirada centelleante y la sonrisa en los labios, preparando las futuras huestes que harán carne su verbo: «Vuestros alcázares y vuestros tronos caerán.»

P. ONIBAS LEUNAM.

En la aldea dominable la destrucción mostrando todo lo que la guerra tiene de abominable cuando pasa devastadora como furioso huracán.

El espanto que oprimía a los corazones procedía de la vista de los escombros de aquella aldea tan risueña tres días antes con sus alegres casitas en medio de jardines, y a aquella hora hundida, anonadada, no mostrando sino paredes ennegrecidas por las llamas.

La iglesia ardiendo aún, era una vasta hoguera de cigas humeantes de donde se elevaba continuamente al cielo una informe columna de humo negro como un penacho. Habían desaparecido calles enteras de un lado y de otro, ceíanse restos calcinados bordeando los arroyos en un fango de ceniza negro y espeso que todo lo cubría.

Las esquinas encrucijadas se hallaban arrasadas como si por allí hubiese pasado un vendaval de fuego. De otras casas que habían sufrido menos, alguna quedaba en pie, aislada, mientras que los de las de la derecha e izquierda quedaban destruidos por la metralla, levantando sus armaduras semejantes a manchados esqueletos.

Después veíase la desolación muda de lo que se había intentado salvar; pobres muebles arrojados por las ventanas y deshechos en las aceras, mesas con las patas rotas, armarios de costado abierto o de puertas rotas, ropa arrastrada, desgarrada, manchada, con todas las huellas del pillaje y a punto de disolverse bajo la acción de la lluvia.

(La Débauché).

E. ZOLA.

A los soldados de todos los países

He tenido ocasión, estos últimos días de conversar con un oficial polaco, capitán, que volvía herido de Manchuria. Este capitán me relató, de esta guerra vergonzosa y atrozmente inútil, cosas que provocan el vértigo, episodios tales que la imaginación más febriliente no podría concebir nada semejante, ni aún bajo el dominio de una pesadilla; por más excepcionalmente horribles que nos hayan parecido ciertos episodios que nos fueron transmitidos por los corresponsales de los diarios, ellos no habrían podido jamás llegar hasta el horror desconocido de los tantos de que, entre ellos, no pudiendo narrarlos todos—yo he elegido uno. Y no es este el más espantoso. Se tendrá por él, solamente una pálida idea de lo que pueden ser los otros... Yo dedico esta narración a los soldados de todos los países; dejo la palabra al capitán polaco que les preguntará si al fin no están ellos cansados de ser muertos y de matar.

«Era la noche de una desgraciada derrota, como siempre... nosotros estábamos en el campo, caras torvas, corazones sombríos, cuerpos exhaustos. No había más víveres... ni ambulancias... ni leña para el fuego... nada!... Un frío de veinticinco grados que expoliaba la piel y metía témpanos en las venas... Quedarse inmóvil, dormir, era la muerte. Muchos murieron, en efecto, aquella noche. Representáis, si podéis, esta cosa espantosa: diez mil hombres en montón... diez mil hombres silenciosos entre los que no se percibía otro rumor que un sordo palteo sobre la tierra helada; ni una voz, ni una respiración!... Los retrasados, llegando al campamento, nos contaron que ellos habían oído, a través de la llanura, a su derecha, por la izquierda, detrás, por todas partes, gritos, sollozos, llamadas, ruidos de inmenso dolor... eran los heridos, los pobres heridos perdidos en medio de la noche. Ellos, habían recogido algunos, pero, no teniendo nada en que conducirlos, los habían abandonado allí!... Y luego, para recogerlos? Qué se les podía hacer? Yo grité: ¡es»

necesario recoger a los heridos, no podemos dejarlos morir así!... ¿Quién viene conmigo? Ninguno respondió!... Me dirigí al coronel; me volvió la espalda. Me dirigí a un general; pasó delante mío y no hizo ni un gesto. Un cirujano de alto grado a quien interpelé me replicó: «Y dónde ponerlos... no tenemos ni camillas, ni farmacia... ni instrumentos... No tenemos nada... Desahúese paz!»... Ni una palabra de justicia, ni de piedad, ni siquiera de terror... nada más que la indiferencia feroz, porque eso es la guerra, y porque todos los pobres infelices, coroneles y soldados, sabían que su turno quizás, al otro día, les llegaría. A fuerza de buscar, llegué a descubrir algunas malas parihuelas; a fuerza de remover aquellas masas inertes, a aquellos brutos completos, acabé por arrastrar un centenar de hombres. Partimos... la noche era muy oscura... encendimos antorchas; pero no apenas habíamos marchado una hora, cuando los gritos de los heridos nos guiaban mucho mejor que la lúgubre iluminación de nuestras teas... De tiempo en tiempo tropezábamos, como caballos asustados, sobre montones de cadáveres de hombres y bestias... De repente, yo me sentí detenido, inmovilizado al suelo... Como dos tornos de hierro, yo sentí dos manos que me habían aferrado por los tobillos; como dos garfos de hierro, yo sentí dos manos que me subían por las piernas y se enganchaban, se incrustaban, mientras que una boca mordiendo el cuero de mi bota a plenos dientes se esforzaba en desgarrarlo gruñendo como un perro... A mis gritos, acudieron mis soldados; ellos vieron un herido con los dos muslos cortados, que se enroscaba a mis pies, tal como una larva humana... Y no pudiendo hacerle soltar la presa, lo acabaron a golpes de taco y a golpes de culata en el cráneo... Yo he sentido y visto aquello, os aseguro, un minuto del cual yo soy impotente en describirlo al espanto.

Se puso pálido, sus pupilas se dilataron bajo una impresión de horror, y en voz temblorosa, y continuó:

«Yo tenía el corazón destellado, el cerebro empujado por los espasmos de la vida. Desandando escarpadas y ásperas laderas de la noche, yo llevé a la fuerza de reunir mis hombres. Me dije, escuchando los gritos que se escapaban en la llanura: «¡Que revienten, sí, que revienten todos!» Y me dispuse a volver al campamento, cuando a nuestra derecha, sentí grandes clamores, alaridos, algo más salvaje aún, algo más alucinante que los llamados de angustia ya percibidos... Apesarado, por decirlo así, me dirigí hacia la dirección de donde parecían surgir los gritos... Y bruscamente, surgiendo de la sombra, iluminados por la luz leonada de las teas, yo ví—esto no es el dominio de la fiebre, no es alucinación de pesadilla—yo ví diez, veinte, cien, doscientos hombres todos desnudos, que gesticulaban, vociferaban, daban... ¡Sí! es verdad, a veinticinco grados bajo cero, cuerpos todos desnudos, mostrando sus rostros ensangrentados, sus pechos agujereados, y lagas rojas, y largas cuchilladas cerradas por coágulos negros... algunos rampaban, saltaban sobre muñones sangrientos, otros, armados de revólveres y de sables, los blandían, ululando. Y echándose sobre nosotros, que veníamos en su socorro y que ellos ya no conocían más, gritaban: «¡No os acerquéis! ¡No os acerquéis! ¡Estaban locos!»

«El agregó; después de un silencio: «Algunos tiros partieron... uno de nuestros hombres cayó... ¿Qué hacer? Retrocedí. Durante varias horas, permanecí con mi escolta a alguna distancia de este grupo de endemoniados... sus clamores se exaltaron todavía, y luego, poco a poco, disminuyeron... cesaron... La excitación de su locura se había debilitado, el frío los había tumbado; a la mañana se habían muerto todos... a la mañana, todos los heridos de la llanura habían muerto!»

Y dijo todavía:

«Al otro día, yo mismo fui herido... una bala me abrió la articulación del hombro izquierdo... Por un prodigio no he muerto, pero yo no sé si me curaré nunca... Voy a partir para el mediodía donde tengo familia. Desde que yo he visto aquello, no deseo más vivir, pues mi vida es horrible...»

De día, de noche, me es imposible

alejar de mí la espantosa, la torturante familiaridad de aquella visión... siempre... siempre aquel tronco humano que me muerde las piernas!... Y siempre, aquellos locos, aquellos pobres locos, desnudos y sangrientos, en medio de la noche! Ahí vos no podéis saber!... Ved... yo mismo me pregunto si no estoy por volverme loco... si no lo estoy ya!... ¡Ojalá hubiera muerto allí abajo!»

Y, mientras que en las calles de Petersburgo, de Moscú, de Vilna, de Lodz, de Batoum; mientras que en todas las ciudades sublevadas de su vasto Imperio, el Zar hace asesinar a su pueblo por los soldados, ved lo que hace con sus soldados en la Manchuria...

OCTAVIO MIRBEAU.

(Traducido de Le Rue para El Libertario.)

Los hombres comprenderán al fin que tienen algo mejor que hacer que desgarrarse recíprocamente; que sus enemigos comunes son la miseria, la ignorancia y la enfermedad, y que sus esfuerzos deben unirse contra esas terribles calamidades, no contra sus compañeros de miseria y de infortunio.

Carlos RICHTER.

Nos hablan de Libertad

Se dicen libertarios. Nos hablan de libertad; diéndonos luchar en contra de toda imposición, que sobre el hombre se ejerce o intente ejercerse y sin embargo cuantos y cuantos de sus actos no son otra cosa que verdaderos atentados en contra de la libertad a que como hombres tenemos derecho.

Protestan del derecho del más fuerte y todos sus actos no se afianzan en otro derecho.

Dicen luchar por nuestra total emancipación y no nos muestran otro camino para corregirla que el de renunciar a nuestra condición de hombres. ¿Pueden sostener que al hombre se le trata como a un animal?

En nombre de la libertad ¿pueden obligar a otro hombre a realizar tal o cual cosa?

Si el espíritu que informa a las acciones humanas obra en libertad, ¿podrían obligar a alguien en esas acciones a ser de un modo o de otro?

Al proceder en esta forma ¿no sometemos a la tiranía del capital por otra tiranía tan odiosa como aquella? ¿Qué otra cosa son las medidas que en esas sociedades se toman con los trabajadores que no quieren formar parte de ellas?

Por ventura el cotizar en sociedad determinada, nos hace conscientes defensores de nuestros derechos de hombres.

Acaso los que se resisten a ser legisladores en cualquiera forma en que esto pretenda realizarse ¿no cumplen o no pueden cumplir como buenos? ¿o por el contrario ¿no demuestran el estar más bien dispuestos para ello?

Nunca creímos que amparándonos en una bandera que podemos decir representa el máximo de las aspiraciones humanas, pudieran realizar actos de los que se avergonzarían si fuesen capaces de analizarlos a la luz de esa gran antorcha que debiera iluminar toda nuestra vida y que llamamos Razón. No podemos comprender como para enseñarnos el camino a seguir en nuestra marcha han de comenzar humillándonos y haciendo que nuestra voluntad deje de pertenecernos.

Entendíamos que debieran despertar en nosotros, por medio de la instrucción, sentimientos de dignidad que nos hicieran comprender la necesidad de luchar unidos para conseguir el llegar a la meta de nuestras aspiraciones que no puede ser otra que la total desaparición de las opresiones que sobre nosotros pesan y que nos impiden ser hombres libres.

Pero si para conseguir esto comienzan por someternos a su autoridad y se convierten en nuestros señores cuando no en verdugos ¿lograrán que conscientemente ocupemos el lugar que nos corresponde en la lucha empeñada?

VICTOR MALHIS.

¡La guerra!... ¡batirse!... ¡asesinar hombres!... Y tenemos hoy, en nuestra época, con nuestra civilización, con la extensión de ciencia y el grado de filosofía a que ha llegado el genio humano, escuelas en que se enseña a

matar de lejos y con perfección mucha gente al mismo tiempo, a matar inocentes cargados de familia y sin antecedentes judiciales.

Y lo más extraño es que el pueblo no se levante contra los gobiernos.

GUY de MAUPASSANT.

Parabolismo anarquista (1)

Los anarquistas no pueden sin faltar a las ideas, y sobre todo cuando fuerzan mayor no les obliga, hacer ningún acto religioso.

Casarse por la iglesia, bautizar, enterrar canónicamente; acudir a bodas, bautizos y entierros religiosos, es abdicar, y quien abdicar por poco, mejor lo hace por mucho y mucho es lo citado.

Más vale un hecho que mil palabras.

No sirve llamarse anarquista; hay que serlo.

Más vale no llamarse partidario de un ideal que llamárselo y no serlo.

Cuando visitéis la casa de un anarquista, si es casado o tiene compañera, fijados si la mujer o compañera es convecida, o por lo menos simpática de la Anarquía. Si ni uno ni otro fuera, creedme, de aquí poco puede esperar la Anarquía, porque quien no convence o por lo menos hace simpático ideal tan elevado como el anarquista a la que con él vive, duerme, goza y sufre, ¿a quién será capaz de convencer?

A las ideas se las mira por lo que ellas digan y escriban sus partidarios, a los hombres por sus hechos.

El borracho y el jugador no pueden ser buenos anarquistas.

La ciencia y la calumnia es arma anarquista y que el fin tiene al que la emplea.

A un anarquista que siendo miembro de un grupo o sociedad y acepta apoyo y sobre todo promueve muchas de ninguna clase, va en contra de las ideas y en esto como en todo aceptamos el adagio de que «quien hace un cesto hace ciento».

Hacen menos mal a las ideas los enemigos, que los partidarios fingidos y que sin ser fingido obran como si lo fueran.

Los obreros no deben despreciar a los que defienden su causa, pero tampoco deben fanatizarse por ellos y pasar sin examen sus actos, palabras y escritos, porque aquellos son a los que procurará copar con preferencia el enemigo y los que más mal pueden hacer al traidor.

En nombre de la mayoría no pueden hablar los anarquistas ni esudar sus hechos, sin que con ellos digan a la vez que son utópicos y criminales, porque la mayoría de los hombres creen hoy por hoy, que la Anarquía es una utopía y el anarquista un asesino.

El anarquista debe aborrecer las tabernas y el juego tanto como debe amar los centros de instrucción y de lectura.

Ser valiente con el obrero y cobarde con el burgués, no es de buen anarquista.

Todo anarquista es amante del estudio, por eso es imposible que un anarquista convencido se pase una semana voluntariamente sin leer algún periódico anarquista.

El anarquista no se burla del obrero

(1) Estos escritos no tienen objeto contra nadie si bien se basan en hechos no supuestos.

El objeto al escribirlos, es sintetizar lo que es la Anarquía respecto a ciertos extremos, popularizarla y evitar en el obrero de la vida las inconveniencias, cometidas muchas veces por falta de comprensión, y estimular a velar por la pureza de la idea.—N. del Autor.

por su ignorancia y sus vicios ni falta al anciano ni al niño.

No se burla del obrero ignorante porque no es su culpa serlo, ni del que padece vicios, puesto que es el fruto de la actual sociedad que el anarquista debe procurar llevar a la fosa cuanto antes, del anciano, porque todos aspiran a serlo y no querrán, cuando lo sean, que a ellos les falten y del niño porque es el hombre de mañana que traerá la sociedad de la dicha, de la justicia y fraternidad.

Todo anarquista procura que su prole aprenda más que él, porque el anarquista es hijo del progreso y no iría con él obrando de otro modo.

Desconfiad de todo aquel que habla muy fuerte y siempre tiene la dinamita o el puñal en la boca, porque, ó es un fatuo ó un policía.

El anarquista no puede votar bajo ningún concepto.

V. GARCÍA.

SEMKA

CUENTOS DE LA GUERRA

I

Nos hallábamos en un convento de frailes, medio oculto en la exuberante vegetación tropical de las cercanías de Manila, de donde salimos una mañana estival con la orden de relevar al destacamento que protegía a la comunidad, saqueada un mes antes por las partidas de Aguinaldo.

Aquellos frailes, atomizados por el reciente saqueo, fortificaron el convento y establecieron numerosas centinelas que, en garitones semiocultos, vigilaban a gran distancia las avenidas y puntos accesibles del suntuoso monasterio.

Cuando nosotros llegáramos, apuntaban las bronceadas aguas del río, incrustado en la ochava frontal del campanario, los cuatro menes cuarteles de la tarde.

Nos hallábamos en un convento de frailes, medio oculto en la exuberante vegetación tropical de las cercanías de Manila, de donde salimos una mañana estival con la orden de relevar al destacamento que protegía a la comunidad, saqueada un mes antes por las partidas de Aguinaldo.

Dijo llamarse Semka y ser tagalo de origen.

II

Después de tomar un sabroso refrigerante, servido por los legos y costeado por los frailes, nos posicionamos del cuerpo de guardia, donde reposamos algunas horas de siesta para reponernos de la ardorosa fatiga, que en aquel país y con aquella temperatura producen siempre, aun las más pequeñas jornadas.

Semka se despidió de nosotros para seguir sus gestiones interrumpidas por acompañarnos.

A las siete se distribuyó un rancho suculto y abundante a la tropa, se nombraron las fuerzas de servicio y procedimos a relevar las centinelas.

Entre los compañeros me llamaban el quinto, aunque impropriadamente; yo ingresé voluntario en la Península y me destinaron, a petición mía, al ejército que operaba en Filipinas contra los insurrectos que capitaneaba el popular Aguinaldo.

Sólo contaba por entonces diez y siete años de edad.

Aquella noche me nombraron de guardia y fué la primera vez que hice centinela, tocándome cubrir el puesto del que prestaba este servicio en la torre, junto a las campanas, es decir, la centinela más elevada del convento.

III

Al subir me acompañaba un cabo que marchaba delante de mí, con el fusil al brazo y una linterna sorda en la mano izquierda; los fusiles estaban cargados de antemano.

Llegamos a una ancha plataforma cuadrilátera, en cuyo centro habían las campanas el toque de ánimas, ahogando por completo el ruido de nuestros pasos.

En un ángulo, empotrada sobre el

muro, algo volcada y sujeta al muro con fuertes grapas y tirantes de hierro, había una garita de madera, a la que se ascendía por una escalera portátil, que alargaba metro y medio, con poco más de media docena de peldaños.

Al llegar vimos al centinela metido en la garita, inmóvil, recostado sobre la mira, al parecer dormido, sin fusil ni correa.

Pararon las campanas, se hizo un silencio absoluto, nos acercamos a la escalera, y al asirnos a los largueros de los costados, nuestras manos se hicieron de sangre...

El soldado estaba rígido, cadáver, la cabeza había desaparecido; al tocarle rodó sobre el fondo de la garita el tronco sanguinolento y mutilado.

Hizo el cabo la señal de peligro con un pito de ordenanza; acudieron los jefes del destacamento, acompañados de una ronda, se registraron los rincones y escondrijos de la torre, y después de múltiples indagaciones y pesquisas inútiles, se retiraron sin encontrar la cabeza, dejándome, en compañía de un pánico horroroso, ocupando el puesto del difunto.

IV

Presencia de mortal angustia ocupé la garita, manchada con la casi humeante sangre de mi desdichado antecesor, cuyo cuerpo decapitado transportaron mis compañeros a la iglesia para que los frailes hicieran los oficios de difuntos.

En un principio casi no me atrevía a respirar ni a moverme; miré por la abertura circular del garitón hacia el campo, y un mar ondulante de follaje, plateado por los reflejos transparentes de la luna, se agitaba a mis pies, dejando llegar hasta mi oído ese susurro misterioso, incomprensible, que surge de las frondas sacudidas con dureza por el viento.

Para no pisar la sangre coagulada que dejó la víctima en el fondo de la garita, me salté de ella y, haciéndome fuerte contra el miedo que entorpecía mis piernas, comencé a pasear temeroso y torpemente. En el fondo a la izquierda, por el claro del cuadrangular de la torre...

Cuanto antes me fuí, semejante a un chirrido fúnebre, sutil y lejano, me dejó un momento suspendido, paralizado, un sudor frío, pegajoso, glacial, inundó mi frente, un espasmo colosal, terrible que conmovió el edificio, me dejó periculado en mi puesto; temblé de terror y el fusil se escapó de mis manos; en mi vida he vuelto a sentir tanto miedo como aquella noche.

Otro zumbido como el anterior, pero más sonoro, aunque también pavoroso, me hizo volver en mí y dirigí mi vista a la campana, cuyo sonido me asustó al doblar por el difunto.

Miré al monstruo de bronce con alegría y rencor y volví a helarme de espanto; en el vértice del cono, en un garfio del engrave, sobre la intersección de los dos brazos, se balanceaba frente a mí la cabeza cercenada del difunto.

Con el ros puesto, la mirada viñosa y los labios contraídos por siniestra mueca de terror, me produjo tal pánico, que solo tuve tiempo de lanzar un grito agudo pidiendo auxilio antes de rodar por las baldosas sin sentido.

V

A la salida del sol, a la siguiente mañana abandoné la enfermería del convento, y ya repuesto del percalce de la noche, me uní a los compañeros que exploraban el campo al toque de diana.

Hicimos un reconocimiento minucioso en las cercanías del monasterio, esperando encontrar huellas o señales que nos pusieran en la pista del nocturno criminal que cometió el asesinato; todo inútil.

Cuando volvimos al convento, los soldados del destacamento que habíamos relevado, se preparaban para emprender la marcha.

Otra patrulla de los nuestros llegaron en aquel instante, conduciendo a un prisionero que presentaron ante el jefe.

Era Semka!

El pobre Semka, compungido y lloroso, que volvía entre nosotros acusado de espía y de asesino.

Entre los jefes de ambos destamen-

tos y el prior de los frailes formaron tribunal y empezó el cruento y especial interrogatorio.

VI

—... ¿Dónde ha pasado usted la noche?

—En el bosque inmediato, cerca de sus mercedes, a unos cien pasos de aquí; encendí una hoguera para ahuyentar las alimañas y he dormido hasta que estos soldados me despertaron.

—¿Para qué usa usted ese cuchillo de que iba provisto y la cuerda que los soldados le han encontrado entre las ropas?

—El cuchillo para mis necesidades y defensa cuando atravieso los bosques; la cuerda para cazar con los animales que me sirven de alimento.

—¿De qué provienen las manchas de sangre que ayer no le vimos y hoy se notan en sus ropas?

—De dos marmotas que caqué y degollé anoche para mi cena.

Con estas explicaciones no quedaron los jueces satisfechos.

VII

Semka nos había servido de guía el día anterior; había llegado por la tarde con nosotros; prometió marcharse a Manila y no lo hizo; por la mañana lo encontraron dormido, o afectado, que dormía, cerca del destacamento, con un cuchillo descomunal, un fuerte y fino cordón de seda bastante largo y frescas manchas de sangre en su harapiento traje.

Carecía de documentos y no explicaba su origen; sólo repetía que buscaba a un soldado del país, a quien quería mucho, desde el comienzo de la guerra.

Sus modales afectados, su lenguaje casi incomprensible, inconexo, y la falta de explicaciones respecto a su origen, su indocumentación, en fin, lo hizo aparecer como espía de Aguinaldo y asesino del centinela del torreón.

—Semka fue condenado a muerte y fusilado!

VIII

Los frailes se encargaron tan pronto de la sepultura; un lego encontró muy oculto entre sus ropas, un documento escrito en tagalo que presenté al prior.

Este, después de traducirlo, dio orden que desmenuaran el cadáver en presencia de los jefes y la tropa franca de servicio.

Ante aquel endeble torso, acribillado a balazos, cuando fué desnudo, nos horrorizamos, quedamos atónitos.

—Semka no era un hombre!... ¡Aquella mártir era una madre india que buscaba, con heroísmo sublime, entre los soldados del ejército peninsular, al hijo de sus entrañas!

IX

A los pocos días de ocurrido este suceso, que fielmente relato, tuvimos que fusilar al sacristán de la iglesia; el prior del convento le sorprendió queriendo enterrar entre los árboles del huerto un fusil y un correaje...

Este fué el verdadero, el auténtico asesino del centinela del campanario.

UN REPATRIADO.

Por la copia,
GARÍN.

De Tierra y Libertad.

Entre las creencias tontas, una de las peores consecuencias, es la que asegura que hacer mal a los hombres puede hacer bien a las cosas. Sin embargo, en esa tontísima axiomática se fundan todas las declaraciones de guerra.

Boucher de PERTHES.

MISTICAS

Pasaron los días del loco desenfreno en que muchedumbres hambrientas pasean su estupidez por las calles, y, a la algarazara carnavalesca, sucede la quietud y fervor hipocrita, que unos cuantos ahitos, celebran en las iglesias.

Los templos cubiertos con negros respesones; los sacerdotes ostentando, en sus casullas recamadas de oro, sábitico rojo; las jóvenes arrodilladas, con la vista fija en un devociona-

rio que no leen, elevando plegarias que a veces quedan interrumpidas por espasmódicos estremecimientos, al recuerdo del último toquecito habido, y que lo voluptuoso del lugar trae impensadamente a la ardiente imaginación, coloreando las mejillas, — momentos antes de un color pálido-mate — de las jóvenes devotas; el silencio sepulcral, terrorífico, solo interrumpido por una voz portentosa, extérrica, — voz de macho en medio de tanta miseria, — que, con vibración que refleja mil indignaciones, nos hace derramar lágrimas al simple relato de lo que sufrió aquí, que por salvar al mundo, de aquel buen Juan que se dejó escupir en el rostro, clavar en la cruz, y que tacerado, insultado y flagelado por todas las abominaciones, camina, todavía por el mundo, pudriéndose en los talleres, encorvándose en los campos y se paltándose en las minas; nos incita a la meditación.

Meditemos.

Ninive y Babilonia; Sodoma y Gomorra celebran su fiesta anual.

Las cortinas permanecen corridas, los dioses ocultos... Pueden desfilar ante los altares sin que la púdica vista de los dioses se ofenda, los hombres hambrientos, los niños andrajosos y las madres anémicas.

Las visiones mundanas no deben causarnos daño.

Eutornemos los ojos y que nuestros labios sean movidos por mística oración.

Gloria in Excelsio!

Juan Huss, Savonarola, Gerónimo de Praga, Galileo... no interrumpais con vuestros intempestivos gritos de dolor, que el fuego os arranca, la solemnidad del templo.

Dejad, dejad que el orador sagrado, a voz extraña que nos subyuga, nos atrobe con su sirenica canción.

Vosotros ¡oh! herejes que no creéis en que María pudiera ser virgen en el parto, después del parto, que asegureis la fe, la fe de la tierra alrededor del Sol, su eje, ¿o qué podéis pensar que uno no era tres y que tres no podían ser uno, ¿o es de un tiempo pasado, en que no se conocía sino la vela de sebo, y era necesario esas hogueras que apagasen la luz de vuestros pensamientos.

Gloria... gloria in Excelsio!

El pensamiento, pensamiento. No remontes a aquellos bárbaros tiempos medievales.

Cierra, cierra los ojos a la razón y continúa orando.

La vela de sebo produce negras sombras, siniestros colores. Muros elevados, fachadas oscuras! En el fondo... en el fondo mucha sangre... mucha... 19 siglos.

Ah! bendita religión!... bendita seas porque tú supiste acelerar el progreso sustituyendo la vela de sebo por la hoguera, el arado por el fusil, el amor por el odio; aquellos tiempos bárbaros, por estos otros tiempos, de luz eléctrica que no proyecta sombras tan negras tan siniestras como los otros y que a los incrédulos Galileo, Huss, etc. sucedieron los Ascheri, Callis, Molas, Noghes y tantos y tantos que el citarlos sería innumerable.

Dejad, dejad que hable la voz extraña, misteriosa: dejad que mientras entona el Gloria in excelsio, repita sentenciosamente: «e cuando dopo passato questo tempo, io caddi estenuato dalla stanchezza e del sonno e non sentivo già più le nerbate a la punta che i miei carnefici me infliggevano con la punta de un coltello per tenermi sveglio durante le ultime 48 ore che stetti in delirio; cuando infine caddi insensibile, altri terribile torture comin ciarono, torture senza pari, applicazione del ferro rosso e torsioni dei testicoli, fino a far nascere presso i carnefici la paura di averme ucciso». (1)

Ah! retorcer testículos; introducir paños entre las uñas de los pies; el caso de hierro que oprime la cabeza hasta el enloquecimiento; las patadas en el

(1) Párrafos de una carta que Tomás Ascheri, uno de los torturados en el castillo de Montjuich de Barcelona, dirigió pocos momentos antes de ser asesinado a la que le dió el ser.

vientre fecundo de las Dorado; los fetos que se arrojan a los albañales... Gloria in Excelsio!

Ninive y Babilonia, Sodoma y Gomorra están de fiesta...

Las jóvenes devotas se agitan con espasmódicos estremecimientos.

La voz misteriosa, extraña, sigue, con estridentes vibraciones, recordando nombres; Bartolomé Alfaro, Jiménez, Barroso López, Mulero Medina, y así, interminablemente, hasta los siglos de los siglos...

P. von KIPER.

De la injusticia de los primeros hombres como de su único manantial, brotó la guerra, lo mismo que de la necesidad que sintieron de darse unos que fijasen los derechos y las pretensiones de cada uno.

Si cada uno por sí, contento con lo suyo, se hubiese abstenido del bien de su vecino, sería inalterable la paz y la libertad.

La BRUYÈRE.

Parábolas Cuasreales

Y dijo el Señor; puesto que necesitamos purgar el mundo de zizana hagamos un semejante.

Y fué hecho Quintana.

Y vino al mundo con muchas deudas que los ingleses del Central Argentino se encargaron de pagar.

Y Quintana agradecido les dijo: Ya que el Señor me envía en vuestra defensa, decidme lo que queréis de mí.

Y dijeron los ingleses; salva la cosecha y aumenta el dividendo de los accionistas y te proclamaremos el Salvador de... las cosechas.

Y Quintana; entonces, atusándose la barba, dijo; que la cosecha sea salva.

Y decretó un estado de sitio de noventa codos, más bien más que menos.

Y la cosecha se salvó y los ingleses se rieron.

Y fué entonces también, cuando aquello se convirtió en una Babel.

Y el Señor queriendo probar la fe de Quintana, como antes la había probado el oro de los ingleses, le dijo, inabla a Juan Pueblo.

Y Juan Pueblo fué inmolado.

Porque para eso ya contaba, Quintana, con la complacencia de los periodistas independientes que entonces había en Sodoma.

Y viendo el Señor que sus órdenes se cumplían sin observación ninguna, le dijo a Quintana: eres viejo, tienes un pueblo complaciente, prepara tranquilamente tu dictadura.

Y dió principio al trabajo para cumplir las órdenes del Señor.

Y principió por hacer un arco muy grande a la que puso por nombre casa rosada en atención a los negros instintos que lo animaban.

Y una vez terminado su trabajo, después de haber metido en el arco un ejemplar de cada especie, sin olvidar a Civit, el autor de las desviaciones de la ley, se puso a descansar.

Y calándose el gorro frigio, se persignó y recostó su cabeza sobre la constitución, y se durmió con la tranquilidad de un patriarca.

Y sonó que se le presentaba un ángel, tal vez enviado del Señor, el cual blandía en su diestra mano una espada ó un puñal.

Y acercándose le dijo: El Señor está contento de tus servicios; los ingleses te agradecen lo mucho que por ellos has hecho, pero debes acallar los gritos de esos niños hambrientos que buscan pan y no lo encuentran.

Y el ángel que se había posado cerca de Quintana, blandió la espada ó el puñal con tal destreza, que varias veces había sentido su filo rozar suavemente por la fina epidermis del pescuezo.

Y despertó sobresaltado; y al ver que aquello no fué más que un sueño dijo, dando una furiosa patada a la constitución, 30 días más de estado de sitio.

Y dijeron los corifeos que le rodeaban, así sea, porque nos quedara más tiempo para masturbarnos.

Y siguieron masturbándose, mientras Sodoma se entregaba a su sport favorito.

Y Quintana, el salvador de las cosechas, el partidario del estado de sitio,

Y dijo: si no ha sido en esta PARA
OTRA SERÁ.

LA LIBERTAD

JUAN E. CAMERLO.

Además del drama anunciado figurará también en el programa, atrayente por cierto, el aplaudido boceto social en un acto, alusivo a dicha fecha, titulado; "El de Mayo".

W. K. Vanderbilt de Nueva York, en ferrocarriles 20:000,000 de libras.

la A. 05, Un hombre 10, Apostólico 05, P

de EL LIBERTARIO, una regular cantidad de ellos, los que expendiremos á precio voluntario.